

De todo lo dicho se saca, que las primeras virtudes en que se deben ejercitar los que empiezan, son la guarda de la soledad y del silencio; y la razon es porque siendo el ejercicio de estas virtudes más fácil, es medicina general para todas las pasiones y vicios. Que sea más fácil se ve claramente, porque está sujeto á lo que quiere ó no quiere la voluntad; porque estos movimientos exteriores de hablar ó no hablar, salir, ó no salir del recogimiento, obedecen puntualmente á lo que la voluntad manda, y se rinden sin resistencia á su imperio, lo cual no hacen los movimientos interiores de las pasiones, ni los pensamientos de nuestra imaginacion; pues muchas veces experimentamos que piensa uno lo que no querría, y padece contra su voluntad otros sentimientos, los cuales no puede reprimir ni apaciguar luego que desea. Y de aquí es, que la reformation de los pensamientos y afectos es guerra más dificultosa y que pide varones más ejercitados, pero la reformation de lo exterior es más fácil, y así deben empezar por ella los principiantes; y lo segundo, que la soledad y el silencio sean medicina general para todas las dolencias del alma, tambien consta de lo dicho; porque la lengua tiene correspondencia con todas las pasiones, y la soledad las quita todas las ocasiones con que se irritan, y la materia en que se ceban y sustentan; y por esta parte siendo estos ejercicios más fáciles, son remedios generales y como medicinas magistrales para todas enfermedades espirituales, y que quietan y disponen maravillosamente el espíritu para los ejercicios del aprovechamiento, y para la perfecta contemplacion. Pues así como el artífice que ha de hacer alguna obra de mucho primor, lo primero que apareja es la oficina donde pueda labrar con secreto y quietud, y luego recoge toda su atencion para formar en

la materia la idea de su pensamiento; así el que trata de reformar en su alma la imágen de Dios, lo primero ha de aparejar oficina en que labrar, que es su celda, lo segundo ha de recoger toda la atencion á su obra y esto lo hará callando.

---

### CAPÍTULO XXXI.

QUE LOS QUE TRATAN DE APROVECHAR Á SUS PRÓJIMOS DEBEN GUARDAR LA SOLEDAD Y EL SILENCIO Á SUS TIEMPOS.

**N**os que están en la iglesia para ayudar á sus prójimos en la salvacion de sus almas, deben por lo menos procurar aquella soledad espiritual de que habló san Gregorio; conviene á saber, que de tal manera vivan entre la gente, y en medio de las ciudades y plazas, que tengan cerrados los ojos á cualquier honra, comodidad ó interés que puedan esperar de los hombres, como si estuvieran en los desiertos y no trataran con hombres; y estén tan deseosos de agradar á solo Dios, como si en el mundo no hubiera otra cosa, sino ellos solos y Dios. Para llegar á este grado de perfeccion menester es retirarse á sus tiempos, y huir de los hombres para el provecho de los mismos hombres. Así nos lo enseñó Cristo nuestro Señor con su ejemplo, que predicando y conversando de dia en las ciudades, de noche se salía á los campos y á los montes á hacer oracion. Y

ya que no se pueda imitar este ejemplo del Salvador de salirse á los montes y soledades, por lo menos se debe guardar su consejo, que dijo <sup>1</sup>: Cuando orares éntrate en tu aposento y cierra tu puerta, y allí haz oracion á tu Padre celestial. Con mucha razon dice san Basilio <sup>2</sup>, que la celda era maravillosa oficina de las cosas espirituales: *O cella rerum spiritualium mirabilis officina.* Y es así, que la oficina cada artífice la escoge en aquel puesto, y la compone y adereza en aquella forma que sea más á propósito, y venga mejor con la obra que ha de hacer en ella. Y de aquí es, que los que tratan de aprovechar á sus prójimos, no pueden escoger la celda en los desiertos, sino en medio de las ciudades; pero ya que no pueden llevar su celda á la soledad, deben á sus tiempos llevar la soledad á su celda. Porque por estar dedicados á procurar la salvacion y perfeccion de sus prójimos, no pueden tener sus casas ni sus celdas en la soledad; y por haber de procurar en primer lugar la salvacion y perfeccion propia, han de llevar la soledad á sus casas y á sus celdas, cuanto diere lugar la caridad y obligacion de mirar por el provecho ajeno. Y como quiera que la vida de los ministros del Evangelio sea mezclada de activa y contemplativa, así como sería vicio retirarse tanto á la soledad, que no se diese lugar á la accion; así lo sería ocuparse tanto en la accion, aunque fuese provechosa, que no quedase lugar á la contemplacion, que para aprovecharse á sí y á los demás es tan importante y necesaria. De esta manera se quita la ocasion que podrian tomar los tibios con color de caridad para dar todo el tiempo á negocios seculares, y á visitas y conversaciones inútiles, y quitarle al estudio y

<sup>1</sup> Matth. VI, 6.— <sup>2</sup> Basil., hom. de laud. eremi.

la oracion; con lo cual vienen á perecer del todo los ministerios espirituales de los prójimos, y el que pensó ganarlos queda perdido, y el que salió á tratarlos, como obrero y ministro de Dios nuestro Señor, se queda entre ellos y con ellos y como seglar. Así se cumple espiritualmente lo que está escrito del libro de los Macabeos. En aquel día, dice <sup>1</sup>, perecieron los sacerdotes en la guerra, porque quisieron hacer valentías, y no salieron con buen consejo á la guerra.

Asentemos pues por principio muy cierto, que para los ministerios espirituales de los prójimos, es de grande ayuda la guarda de la celda y de la soledad y silencio. Porque mal se pueden hacer estos ministerios, sin la oracion y trato con Dios, y el estudio de aquellas ciencias, que son necesarias para enseñar y guiar á nuestros prójimos; y para lo uno y lo otro es menester dar tiempo á la soledad: de lo cual se ve que al recogimiento y silencio que algunos pueden tener por espíritu peregrino, se debe en la verdad el fervor y eficacia de los ministerios, y la seguridad de los ministros.

Y empezando por la oracion, ¿cómo puede tener uno celo y fervor en ayudar á sus prójimos, si no es hombre de oracion? Y ¿cómo puede ser hombre de oracion, si no es amigo de su recogimiento? De manera, que no le ha de sacar de su celda sino la obligacion de la caridad por el bien espiritual de sus prójimos, y cesando ésta, le ha de volver su deseo y su devocion por el bien espiritual suyo y de sus prójimos. Porque así como el cuerpo cansado pide como por justicia el descanso del sueño, y este mismo sueño repara las fuerzas para volver otra vez al trabajo; así lo experimentamos,

<sup>1</sup> I Machab. V, 60.

que los que trabajan con celo de Dios en los ministerios de los prójimos, echan menos el reposo de la oracion, y le apetezen y le piden como por justicia; y el mismo ejercicio de la oracion repara las fuerzas del alma para volver con nuevo aliento al trabajo de los prójimos. Y por el contrario, los que tienen fastidio de la oracion, dan manifiesto indicio de que no tratan con los prójimos con el espíritu que deben, y cada día se hallarán más flacos y menos dispuestos á llevar la carga de esta ocupacion, no atendiendo tanto al provecho ajeno, cuanto á su propio entretenimiento. Tenemos para esto ilustrísimo ejemplo de Cristo nuestro Señor, el cual trabajando todo el día en el oficio de la predicacion, se iba las noches á los montes y á los desiertos, y las pasaba de claro en claro en oracion, y siendo de día predicador, á las noches podemos decir que era ermitaño: y no se pudo hacer otra mayor demostracion que ésta para convencernos que no se puede sustentar el ministerio de la palabra sin el socorro de la soledad y silencio.

No puede ser sino que en este punto tenga mucho peso la autoridad de nuestro padre san Ignacio, al cual comunicó Dios nuestro Señor tanta luz para criar obreros inconfusibles y ministros tan idóneos del Evangelio, como lo ha mostrado la experiencia en todo el mundo. Cosa larga seria traer aquí todos los lugares en que pide á los de la Compañía que sean hombres espirituales, y hombres de recogimiento y oracion; y bastará para entender lo que él sentia, citar dos testimonios suyos, uno de la sexta parte, y otro de la décima de las Constituciones. En la sexta parte tratando de los profesos de la Compañía, dice así <sup>1</sup>: *Porque segun el tiempo y aproba-*

<sup>1</sup> P. VI, c. 3, n. 1.

*cion debida, que se espera para admitir á profesion, y tambien para coadjutores formados, los que se admiten en la Compañía se presupone serán personas espirituales, y aprovechadas para correr por la via de Cristo nuestro Señor cuanto la disposicion corporal y ocupacion exterior de caridad y obediencia permiten: no parece darles otra regla en lo que toca á la oracion, meditacion y estudio, como ni en la corporal ejercitacion de ayunos, vigiliass y otras asperezas ó penitencias, sino aquella que la discreta caridad les dictare, con que siempre el confesor, y habiendo dubio en lo que conviene, el Superior tambien sea informado.* Todas estas son palabras del santo Padre, en las cuales conviene primeramente averiguar, qué entiende aquí por *la via de Cristo nuestro Señor*, por la cual dice que han de correr como personas espirituales los profesos y coadjutores formados de la Compañía. Y claramente se ve, que por esta via de Cristo nuestro Señor entiende aquellos ejercicios espirituales que hace cada uno para su propio aprovechamiento, como son, la oracion, meditacion y estudio, y las demás penitencias corporales; los cuales distingue de las demás ocupaciones exteriores de caridad y de obediencia. Esto supuesto, en aquellos ejercicios no pone otra tasa ni medida, sino la que la discreta caridad dictare á cada uno; porque se presupone que serán personas tan espirituales y aprovechadas, que ocuparán en ellos *cuanto la disposicion corporal y ocupacion exterior de caridad y obediencia les permitiere*. Pues como quiera que estos ejercicios, con los cuales se ha de correr por la via de Cristo nuestro Señor, no se puedan hacer sino en la soledad y con silencio, síguese que tanto debe uno guardar su recogimiento y silencio, cuanto no le forzaren las ocupaciones de la obediencia y de la caridad.

El segundo testimonio es en la décima parte de las

Constituciones, donde tratando de los medios que han de ayudar á la Compañía para conservarse en su buen sér, y alcanzar el fin para que fué instituida, dice así: *Para consecucion de lo que pretende la Compañía, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan al instrumento con Dios, y le disponen para que se rija bien de su divina mano son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y de virtud, y especialmente la caridad y pura intencion del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devocion, etc.* ¿Qué cosa se pudo decir más clara? Porque aquí no trata el Santo de los medios que ayudan para conseguir la perfeccion propia, sino de los que son más á propósito para ayudar á la salvacion y perfeccion de nuestros prójimos: y para esto dice, que ayudan más los medios que le disponen para con Dios, que no los que le disponen para con los hombres. Y la razon está clara: porque como esta obra de la conversion de las almas sea sobre todas fuerzas naturales, y el autor principal de ella sea solo Dios, de más importancia son los medios que juntan al instrumento con Dios, y le disponen para que se rija bien de su divina mano, que los que le disponen para con los hombres; porque por muy bien cortada que esté la pluma, y por muy aguda que esté la sierra, y por muy acomodado que esté el pincel, todo es cosa muerta si el artífice no toma en la mano y menea estos instrumentos. Pues si para el bien de las almas importa más unirse con Dios que con los hombres, también importará más el tiempo que se gasta á solas con Dios, que el que se gasta inútilmente con los hombres.

<sup>1</sup> P. X, § 2.

Nuestro padre Claudio, de santa memoria, insistiendo en esta doctrina de nuestro bienaventurado Padre y Fundador, en una carta que escribió de los medios que pueden ayudar para conservar la Compañía, trata muy despacio de este punto, y afirma <sup>1</sup>: Que siendo tan propio de la Compañía reducir las almas á su Criador, el que quisiese retirarse de la comunicacion de los prójimos para vacar á sí solo, y para huir las distracciones y molestias que acompañan esta manera de vida, claro está que sería tentacion nacida de espíritu muy ajeno de nuestra vocacion. Pero que se debe mucho advertir, que si tomamos de nuestra vocacion los ministerios, tomemos también el tiempo y el modo de hacerlos. Porque siendo dos cosas las que nos pide nuestro Instituto, conviene á saber, ayudar á nuestros prójimos, y el modo de ayudarlos, acaece muchas veces, que algunos toman del Instituto la cosa, y no quieren tomar el modo de hacerla; lo cual con el discurso del tiempo puede ser en grande perjuicio de nuestra Religion. Porque, como dice san Buenaventura, una de las principales causas de haberse destruido las religiones, es la demasía de ocupaciones exteriores que distraen el corazon y apagan el calor de la devocion. Esto dice gravísimamente nuestro padre Claudio, porque no quiera nadie defender y cubrir la distraccion con el espíritu de la vocacion; y se persuadan todos, que como han de tomar del Instituto la ocupacion, así deben tomar también el tiempo y el modo de hacerla. Y habiendo dado algunos consejos muy provechosos quanto al modo, dice quanto al tiempo, que es necesario tomar alguno libre y desocupado de todos negocios, aunque sean santos, para respirar y reparar las

<sup>1</sup> Epist. de med. ad conserv. Societ., n. 16, 17.

fuerzas del espíritu, y hacernos más útiles, no sólo para nosotros, sino también para nuestros prójimos. Y esto dice, no es de ninguna manera espíritu peregrino, sino antes muy conforme á nuestras reglas y constituciones, y á la intencion y deseo de nuestro padre san Ignacio. Porque así como los escultores y canteros, y los demás artífices que labran mármoles y piedras ú otras materias duras, como saben que es fuerza que se emboten á menudo y se destemplan los instrumentos, tienen siempre á mano la piedra para amolarlos, y el fuego para darles nuevo temple en la frágua; y ni ellos, ni otro ninguno de buen juicio puede pensar que aquel tiempo es perdido, pues de otra manera no se podría hacer la obra por estar los instrumentos sin provecho; así también les suele suceder á los ministros del Evangelio, que trabajando en esta misma obra se destemplan y han menester volver á menudo á la frágua del recogimiento y oracion. Esta misma doctrina enseñó divinamente san Gregorio<sup>1</sup>, sobre aquellas palabras del santo Job<sup>2</sup>: ¿Por ventura enviarás tú los rayos, y ellos irán, y volviéndose á tí, te dirán: aquí estamos? Entonces, dice san Gregorio, los predicadores son enviados y van, cuando de lo secreto de la contemplacion, se derraman y extienden por la anchura de la vida activa. Pero volviendo le dicen á Dios: Aquí estamos, porque despues de las obras exteriores se recogen al abrigo de la contemplacion para rehacer allí la llama de su ardor, y encenderse con la presencia de aquella soberana caridad. Porque muy presto se enfriarian estos rayos entre las ocupaciones de afuera, aunque sean buenas, si no tuviesen cuidado de volverse al punto al calor de la contemplacion, que está encendi-

<sup>1</sup> Grego., lib. 30 Mor., cap. 2. — <sup>2</sup> Job XXXVIII, 35.

do allá dentro. Y á lo dicho añade despues: Porque si con gran cuidado no volviesen luego á contemplar en Dios, la misma sequedad interior de su espíritu secaria sin duda y haria estériles las palabras exteriores de su predicacion. Todo esto es del glorioso san Gregorio, y lo trae á este propósito nuestro padre Claudio en el lugar que arriba dijimos; de lo cual se ve cuánto ayuda á los que tratan de la predicacion y de aprovechar á sus prójimos retirarse á sus tiempos á la soledad de la celda, para vacar á la oracion.

Y no es menos necesario hurtar algun tiempo del trato de los prójimos para darle al estudio, sin el cual apenas se puede hacer este género de ministerios ni provechosamente, ni acertadamente; porque quien quiere dar luz á los otros, ¿cómo lo podrá hacer si no tiene encendida su candela? Y como quiera que sean tantas y tan varias y graves las dificultades que cada día se ofrecen para guiar las almas y desenmarañar las conciencias; los que no tratan de estudiar y de aprender lo necesario, ó son atrevidos y temerarios en resolver, ó encogidos y escrupulosos, y llenos de espinas para sí y para los otros. Y de aquí nace el retirarse de estos ministerios y huir de esta carga, por temor de no verse en estas dificultades y apreturas, tomando color de otros negocios y ocupaciones, por no confesar su ignorancia. Demás de este estudio aprovecha también mucho leer en libros de santos, y en las historias eclesiásticas, para tener de que hablar provechosamente con los prójimos. Porque así como la tierra que no se siembra de alguna semilla provechosa, no puede producir de suyo sino espinas y maleza; así el entendimiento que no lee, ¿qué puede concebir sino discursos estériles? y ¿qué puede hablar sino palabras inútiles y sin peso? Y esto es, por

lo que toca al provecho de los demás; que si tratamos del consuelo y aprovechamiento propio, ¿qué mejor rato puede tener cada uno que el que gasta consigo mismo? y ¿qué conversacion más agradable y provechosa que la que se tiene con los mejores hombres que ha tenido el mundo? y en cuánto debiera estimar si pudiera comunicar á su contento con san Gregorio y san Agustin y san Ambrosio y con otros varones semejantes? Reconoció esto el mismo san Ambrosio, cuando dijo: Nunca estoy menos solo que cuando parece que estoy solo, ni menos ocioso que cuando estoy ocioso. Entonces llamo á mi gusto los que me parece, y me allego á los que quiero bien, y trato con aquellos que me hacen más al caso. Ninguno se atraviesa, ninguno me interrumpe hasta que yo quiero. De todo lo dicho se ve, que el recogimiento y la soledad tomada á sus tiempos, ayuda de muchas maneras para aprovechar á los prójimos; y que á los que ha Dios encargado este ministerio tan alto han de procurar descansar, callando con los príncipes y cónsules de la tierra; los cuales como dijo el santo Job <sup>1</sup>, edifican para sí soledades. Los reyes y cónsules, dice san Gregorio <sup>2</sup>, son los santos predicadores, que rigiéndose bien á sí mismos, son cónsules para dar consejos de salud á los pueblos. Estos edifican para sí soledades, como lo hacia el que dijo <sup>3</sup>: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*

<sup>1</sup> Job III, 14. — <sup>2</sup> Greg. lib. 4 Mor. c. 33. — <sup>3</sup> Psalm. LIV, 8.

## CAPÍTULO XXXII.

PROSIGUE EL MISMO INTENTO, Y QUE Á LOS QUE TRATAN DEL MINISTERIO DE LA PALABRA, ES MUY NECESARIA LA GUARDA DEL SILENCIO.

**L**os que atienden al ministerio de la palabra de Dios, tienen particular necesidad y obligacion de guardar el silencio. Porque la lengua consagrada para la predicacion del Evangelio, y para la enseñanza espiritual de las almas, ha de ser como cosa sagrada, que no se puede convertir en usos profanos. Principalmente, que quien trata con hombres pecadores y mundanos, si no trata con ellos con mucha cautela y moderacion, y solamente á fin de sacarlos de sus vanidades y convertirlos de sus pecados, corre mucho peligro de irse tras ellos, y pegarse las mismas vanidades y culpas en que ellos están enredados. Y así deben ser como los médicos que curan apestados ú otras enfermedades contagiosas, que si bien visitan estos enfermos para curarlos, pero es con la brevedad posible, y huyendo con toda cautela de su aliento; porque se miran como hombres que están sujetos á la misma enfermedad que van á curar en los otros, y previenen cuanto pueden con estos medios, que no se les pegue á ellos. De esta misma manera los que van á socorrer á los que se ahogan, despues de haberse arrojado al agua animosamente, de tal manera se acercan á los que están en peligro para socorrerlos, que tambien